

En el comun arrojó, infinitos fueron los incidentes aislados que refiere la historia, muchos de los cuales rayaron en lo heroico; pero, en este lugar, solo debe tenerle aquella escena que ha dado ahora ocasion para esta rápida ojeada sobre la batalla de Lepanto.

CERVANTES concurrió á ella, como queda arriba apuntado: aparte de muchos otros veraces testimonios, nos lo dice él mismo en diversos lugares de sus obras. Léanse los siguientes versos del *Viaje al Parnaso*:

“Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heroico Don Juan la heroica hazaña;
Donde, con alta de soldados gloria
Y con propio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.”

Pero esa misma humildad, que tan llanamente confiesa, pone mas de realce su brillante comportamiento en tan memorable dia; porque, como deponen algunos testigos en la informacion de 1578, descubierta á principios de este siglo en el Archivo de Indias de Sevilla, en la ocasion critica de avistarse las escuadras enemigas, CERVANTES, simple soldado, yacia en un camarote de la galera de Andrea Doria, llamada *Marquesa*, inutilizado, al parecer, por la enfermedad de unas calenturas que venia padeciendo. Aquello que parecia causa de postracion, fué, por el contrario, para infundirle mas animosos brios, puesto que con febril ardimiento, al aperebirse del inminente combate, se presentó á Diego de Urbina pidiendo un puesto del mayor peligro. Intentaron, el capitan y algunos camaradas, disuadirle del que no podian menos de considerar como loco empeño; mas él, tan entero de ánimo como flaco de fuerzas, insistiendo en aquella su demanda les decia: *En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy á S. M., he servido como buen soldado; y, así, ahora no haré menos aunque esté enfermo y con calenturas.* Tomó parte, pues, en la horrorosa liza, conforme á su deseo, dirigiendo doce soldados puestos bajo sus órdenes; y, luchando con singular denuedo, en lo mas recio del combate recibió dos heridas de arcabuz en el pecho, y otra además que le destrozó para siempre la mano izquierda. No decayó su ánimo por eso; antes se resistió cuando los suyos intentaron recogerle, hasta que mas tarde, á tiempo que asordaban ya los vientos los marciales himnos de la victoria, se dejó conducir todo ensangrentado, pero henchido de gozo, á curarse aquellas heridas de que

tanto se envaneció en lo sucesivo. *Si mis heridas, decia cuarenta y cuatro años despues al miserable y apócrifo Avellaneda, no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron..... y esto es en mi de manera que, si me facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra.....*

Y en el capítulo I del *Viaje al Parnaso*, en un diálogo que sostiene con Mercurio, dicele el dios:

.....”¡Sobrehumano y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te súbre.
Que, en fin, has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.”

Lograda tan memorable victoria, recogióse la armada triunfante aquella misma noche en el puerto de Petela, donde se mantuvo cuatro dias reparando sus naves y cuidando de la curacion de los heridos. Fueron éstos visitados en el siguiente dia por Don Juan de Austria, el cual premió á CERVANTES, por haberse distinguido, con el aumento de tres escudos en su paga: corta merced por cierto para méritos tan grandes, por mas que en el cuaderno de gastos secretos y extraordinarios del mismo Don Juan, que obra en Simancas, resulten entre otras partidas, á favor de personas beneméritas en la batalla de 7 de Octubre de 1571, una de veinte ducados á MIGUEL DE CERVANTES, librada en Mesina á 23 de Enero del año 1572, y otra de veintidos escudos, en Palermo, á 17 de Marzo del mismo año. Complicadas sus heridas con la enfermedad que le aquejaba anteriormente, los padecimientos de nuestro héroe se prolongaron hasta el extremo de que tardara cerca de siete meses en restablecerse; pasados los cuales en Mesina, fué incorporado á la compañía de Don Manuel Ponce de Leon, correspondiente al tercio de Don Lope de Figueroa, el mismo á quien habia despachado Don Juan, desde Corfú á nuestra córte, con la grata mision de hacer á Su Majestad Católica circunstanciada relacion de la gran victoria obtenida. Continuando las operaciones de los aliados contra los turcos, con

vario suceso por razones políticas que no son de este lugar, CERVANTES volvió otra vez á surcar los mares, y se encontró nuevamente á las órdenes de Colona, en la infructuosa jornada de Levante, y en la subsiguiente y no mas aprovechada tentativa contra Navarino.

Muerto Pio V en aquel año; mal avenidos los soberanos de España y Francia, é inclinada la República de Venecia mas antes del lado del provecho que del de la honra, hubieron los confederados de ciar en sus designios, desbaratándose como por encanto toda aquella máquina, que bien hubiera podido, segun los alcances de su incontrastable fuerza, adelantar cerca de tres siglos la libertad del pueblo helénico.

Pero, todos los sacrificios hechos por España para aquel aglomeramiento de fuerzas marítimas, era preciso que tuviesen en lo sucesivo alguna aplicacion útil á la patria; y con efecto, de acuerdo el generalísimo con su hermano Felipe II, dispuso dirigirlas contra Túnez, halagado por el mal encubierto deseo de alzarse con la soberanía de aquella Regencia, en tanto que el Rey era movido á semejante empresa por pensamientos harto diferentes. Hechas las paces en definitiva con el Sultan, á últimos de Marzo de 1573, y obviadas algunas dificultades, salió al fin de Palermo la expedicion, el 24 de Setiembre, con cerca de veinte mil hombres, de cuyas tropas formaba parte el desventurado CERVANTES. No sin experimentar algunas tormentas arribaron á las playas berberiscas, desembarcando en la Goleta y apoderándose sin resistencia de la alcazaba y ciudad de Túnez, cobardemente abandonadas por la guarnicion turca y sus amedrentados habitantes. "Despues del desembarco en la Goleta, dice el historiador Vanderhámen, sacó de allí Don Juan de Austria dos mil quinientos soldados viejos, que hacian temblar la tierra con sus mosquetes, y metió otros tantos bisoños, diciendo que los viejos, como prácticos, le servirían mejor. Dió su gobierno al marqués de Santa Cruz, y mandó se acercasen él, Don Diego Enriquez y el castellano Salazar con ellos á Túnez, y que, si no hallasen resistencia, se entrasen en el lugar y su alcazaba." Esos soldados, que hacian temblar la tierra, pertenecian al tercio del maestre de campo Don Lope de Figueroa, puesto que, segun se desprende de la relacion de Sancho de Zorroza, hecha en Palermo por aquella época, y existente en el Archivo de Simancas, eran de aquel número *las cuatro compañías viejas que se sacaron de la Goleta*. Á ellas, pues, pertenecía CERVANTES, cuyo capitan ya hemos dicho que fué Don Manuel Ponce de Leon. Tan fáciles triunfos deslumbraron tal vez á Don Juan de Austria, puesto que, apenas conseguidos, creyó no ser ya necesaria su presencia para el completo afianzamiento de lo conquistado; por lo cual, dejando cubiertos, en su concepto

suficientemente, aquellos puntos de África, dió la vuelta á Sicilia á fines del mismo año, llevándose consigo los soldados del tercio de Figueroa. Fué, por lo tanto, nuestro autor del número de los que regresaron á Italia; y una vez allí, á las órdenes del duque de Sesa, lleváronle sucesivamente las necesidades del servicio militar, cuándo á Génova, cuándo á Florencia, Palermo, Venecia, Ferrara, Parma y Milan; pero, de todas aquellas famosas ciudades del poético suelo italiano, donde consta que hizo mansion mas larga fué en la de Nápoles.

"Por cierto, extraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.

.....
.....
Y díjeme á mí mismo: No me engaño:
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año....."

exclama el mismo CERVANTES, en el capítulo VIII de su *Viaje al Parnaso*. Su larga residencia en aquellos países, donde el refinamiento de las letras habia llegado á su mayor áuje, de nada le sirvió para sus medros en la malhadada carrera de su eleccion; pero en cambio debió levantar su espíritu, formar su gusto, y preparar su entendimiento con aquel gérmen fecundo que, andando los tiempos, llegaria á producir el libro mas peregrino é ingenioso que han visto hasta el presente los nacidos.

Tantos trabajos sufridos, tales servicios prestados en honor de su ingrata patria, sin otra recompensa despues de seis años que el miserable aumento de tres escudos en su paga, le indujeron por fin á solicitar su licencia para volver á España, la cual le concedieron sin dificultad, dándole además Don Juan de Austria y el duque de Sesa expresivas cartas de recomendacion para el mismo Rey y para sus ministros, apoyando sus justas pretensiones al mando de una compañía, que merecia de sobra por su valor probado, sus talentos y noble conducta durante su permanencia en el ejército. Teniale, empero, reservado el destino pruebas mas amargas. Embarcado, juntamente con su hermano Rodrigo, soldado como él, en la galera llamada *El Sol*, hizo rumbo para España al finar el mes de Setiembre de 1575; y cuando tal vez uno y otro departian regocijados con la esperanza de alcanzar el suspirado galardón de los grandes méritos contraídos, vieron rodeada la nave de improviso por una